TRIBUNAL CALIFICADOR de la convocatoria para la provisión, mediante oposición, de **136 plazas** del puesto de trabajo de **Auxiliar Administrativo** al servicio de la Administración de la Comunidad Foral de Navarra y sus organismos autónomos

(Boletín Oficial de Navarra nº 108, de 05/06/2019)

SEGUNDO EJERCICIO de la SEGUNDA PRUEBA de la oposición

Sábado, 15 de febrero de 2020

Código del texto:

txt02

Al día siguiente, el sol que despuntaba en el horizonte y caía sobre nuestra cama improvisada nos invitó a despertarnos. Otro día más, otra jornada excitante, nuevas cosas por descubrir. Como siempre, Bartolomé era el último en levantarse. Pienso que si hubiera descansado en una cama cómoda, sin duda se habría pasado todo el día durmiendo.

Antes de emprender nuestro paseo social, el maestro nos hizo una invitación inusual, que más adelante se volvió parte de nuestra historia. Nos invitó a realizar una de las tareas más importantes de la mente: no hacer nada, experimentar solamente el arte de observar. Nos condujo hacia una avenida concurrida bordeada de árboles. Allí, nos dio una hoja de papel en blanco y un lápiz, y nos pidió que anotásemos todos los sonidos y las imágenes del ambiente que nos llamasen la atención. No se podía incluir nada que hubiese sido construido por el hombre. El ruido del tráfico era ensordecedor, el aire estaba contaminado y la agitación era intensa.

¿Qué podía llamarnos la atención fuera del colorido de las tiendas, el diseño de los automóviles y la anatomía de los transeúntes? ¿Y qué tenía que ver todo aquello con la idea de cambiar el pensamiento humano? ¿Qué tenía que ver la observación con los sueños? A mí me parecía un ejercicio banal, sin ningún atractivo intelectual.

Unos momentos después, el maestro nos instigó.

-El que no desarrolla el arte de observar posee una inteligencia superficial y una humanidad traicionera. Alguien así puede transformarse en un depósito de conocimientos, pero nunca construirá grandes ideas.

Recordé cómo el día anterior yo no había percibido al complejo ser humano que había detrás de los rituales obsesivos de Salomón. Mi sentido de la observación era pobre. Sólo veía lo que habría visto cualquier “normal”. Edson y Dimas tampoco sabían qué hacer con el papel. Bartolomé canturreaba como buscando inspiración, pero no se le ocurría nada. Los minutos pasaban, pero no observábamos nada interesante. Salomón era el único que sí lo hacía. Su ansiedad obsesiva disminuyó y empezó a escribir sin parar. Estaba entusiasmado.

-¡Ajá! ¡Qué especial! ¡Qué fantástico!, repetía de vez en cuando.

Mientras él escribía, yo me sentía bloqueado. El vendedor de sueños me interpeló:

-Sólo desarrollarás el arte de observar si aprendes la tarea más difícil del intelecto humano. No dije nada. “¿Cuál?”, pensé.

Unos momentos después, él prosiguió: El arte de calmar la mente. Mentes que alguna vez fueron brillantes viven una vida mediocre porque nunca calman sus pensamientos. Grandes escritores, notables científicos, artistas magníficos arruinan su inspiración a causa de una mente agitada. Los pensamientos, las imágenes y las fantasías que pueden salir de la creatividad también pueden, si son excesivas, cortarle las alas, terminar con la intuición y el talento.

“Ahí está mi problema”, pensé. Mi mente era un torbellino. Pensar en cualquier cosa, incluso en tonterías, era mi especialidad. Siempre había sido enemigo del silencio. Pero después de escuchar al maestro, traté de permanecer callado. No fue fácil, pues mi cabeza estaba inundada de imágenes que la cruzaban a más velocidad que la de los coches de la avenida donde nos encontrábamos. La contaminación intelectual era mi verdugo.

Mis amigos también estaban perdidos. Pero al cabo de poco tiempo fuimos entrando en el infinito mundo del silencio. A partir de ese momento, nuestra capacidad de percepción se agudizó. Pude distinguir el canto de un pájaro que entonaba una bellísima melodía con increíble pasión. Lo anoté. Enseguida, otro pájaro le replicó. Después pude escuchar el cortejo amoroso de 2 palomas. En total, escuché más de 10 cantos de pájaros, todos extraordinarios. No tenían muchos motivos para alegrarse en aquella fría jungla de cemento, pero, a diferencia de mí, lo celebraban. Observé y anoté la determinación de los troncos carcomidos de los árboles que, a pesar de la sequedad del suelo y la escasez de agua sobrevivían en el inhóspito ambiente, demostrando una valentía que yo nunca había tenido. Más de 10 millones de personas habían pasado delante de aquellos árboles desde que habían sido plantados, y quizá sólo 10 de ellos se habían detenido a observarlos detenidamente. Me sentí un privilegiado en el desierto social.

Bartolomé, que por lo general no era capaz de ver ni un elefante delante de él, también comenzó a observar muchas cosas. Contempló 5 mariposas multicolores que bailaban casi sin utilizar las alas. Se dio cuenta de que, a diferencia de ellas, él sólo podía bailar cuando estaba ebrio. Edson anotó diversos tipos de sonidos producidos por las hojas al ser movidas por el viento. Aplaudían desinteresadamente a los caminantes, a diferencia de él, que buscaba los aplausos. Dimas observó insectos que trabajaban sin parar y se preparaban para el invierno, cosa que él nunca había hecho. Él robaba y, como todo ladrón, era un pésimo administrador; pensaba que la vida sería una eterna primavera.

Después de este ejercicio placentero, dijimos una de nuestras frases favoritas: “¡Cómo adoro esta vida!”. Nunca nos habíamos sentido tan bien con tan poco. No tenía idea de que la naturaleza estuviese tan presente en el centro de la ciudad.

¿Cómo era posible que un estudioso de la sociedad nunca hubiese hecho ese ejercicio? Por primera vez, disfruté del silencio, y en esa atmósfera descubrí que no había tenido infancia.